



Escuela Internacional de la Rosacruz Áurea

### 3

## *Los dos Campos de Existencia*

Eventualmente, nuestro anhelo de salvación nos lleva a los límites de lo que es posible en esta naturaleza terrenal, y nos encontramos ante una realidad ineludible. Tenemos que aceptar el hecho de que nuestro deseo por el verdadero estado del ser humano no puede ser satisfecho en este mundo material, ni tampoco en el más allá después de la muerte. La experiencia nos muestra que todo lo que existe en esta naturaleza está sujeto a la ley del crecer, brillar y descender. Todo lo que nace, lo que tiene un comienzo, eventualmente decaerá y llegará a su fin. Y la experiencia nos muestra que el más allá también se rige por la misma ley. Allí también prevalecen el tiempo y el espacio, y todo parece después de un tiempo. Entonces, la vida eterna no se encuentra allí.

Nadie en la tierra está exento de esta ley del nacer, crecer y morir. No hay forma de escapar y, sin embargo, con qué frecuencia intentamos evitarlo, excluirlo de nuestra experiencia. Piensen, por ejemplo, en los enormes esfuerzos realizados por los científicos modernos para prolongar la vida. Piensen en todo el esfuerzo y recursos que invertimos para hacer que nuestras posesiones y creaciones sean más perfectas y duraderas. Creemos que existe la máxima perfección; creemos que lo eterno se puede alcanzar aquí y ahora, en este mundo o en el más allá.

Pero, ¿qué nos da esta seguridad? ¿Qué nos impulsa a seguir intentándolo, pase lo que pase?

Llamamos a ese poder motivador el “pre-recuerdo”, que es ese impulso profundamente arraigado, ese deseo primordial por una vida perfecta. Como explicamos en nuestra exploración anterior, este deseo se origina en el último remanente del estado de vida divino original, presente dentro del ser humano. Ese remanente es el átomo primordial, el átomo chispa de Espíritu, el núcleo divino indestructible.

El hecho de que estemos tan insatisfechos con la naturaleza ordinaria y de que tengamos tendencia a resistir cualquier forma de descomposición, ¿no es una clara indicación de la presencia en nuestro interior de algo que no pertenece a este mundo?



## Escuela Internacional de la Rosacruz Áurea

¿Cómo podrían los seres humanos luchar tan incansablemente contra la falta de libertad, la injusticia y el sufrimiento, si no fuera por la presencia en su interior de una especie de “remanente divino” que intenta constantemente manifestarse?

Y si aceptamos que hay algo en nuestro interior que no pertenece a este mundo, entonces podemos deducir la existencia de dos mundos, de dos campos de vida. Este conocimiento es, de hecho, uno de los pilares de la enseñanza gnóstica. Primero, hay un campo de vida divino en el que participa el Ser Humano original (aunque, en nosotros, todo lo que queda de ese Ser Humano original es el átomo primordial). En segundo lugar, hay un campo de vida no divino al que pertenece todo lo que actualmente denominamos “humano”.

El campo de vida divino es el campo en el que todo es como debería ser, según lo previsto por el Plan divino. Es el campo en el que existen valores absolutos y duraderos, donde nada perece ni se convierte en su opuesto. Es por eso que a veces le llamamos el “orden de la naturaleza estática”. La vida en este orden de la naturaleza estática no implica muerte ni decadencia, sino sólo el devenir eterno, la manifestación en constante desarrollo, de gloria en gloria. Y es este orden de la naturaleza divina el que siempre tuvo la intención de ser el campo de la vida humana.

Es y ha sido siempre el campo de vida de la Humanidad divina. Pero es la antítesis del campo de vida material de los seres humanos, que, por no conocer la verdad sobre su propio mundo perecedero, siguen siendo arrastrados a patrones de comportamiento que intentan imitar el mundo divino y así oponerse a sus leyes.

Por supuesto, no hay que pensar que el mundo divino existe en otra parte, en algún lugar del espacio exterior, por ejemplo. El Mundo de la Luz está a nuestro alrededor, “más cerca que las manos y los pies”.

El campo de vida terrestre o material también es denominado el orden natural de la “dialéctica”, porque en él la vida es una interacción constante entre opuestos, en donde nada es eterno o duradero. Pero es una vida falsa, no una vida verdadera. No es más que el constante deambular de una antítesis a otra: de la oscuridad a la luz, de la luz a la oscuridad; de la guerra a la paz, de la paz a la guerra; de la libertad al cautiverio, y del cautiverio nuevamente a la libertad, y así sucesivamente.

El orden de la naturaleza dialéctica incluye no solo el mundo material visible, sino también el más allá. Es un mundo no divino. Aunque solo puede existir gracias al



## Escuela Internacional de la Rosacruz Áurea

poder y la energía divinos, está separado de la vida divina. Es un orden de emergencia, creado para proporcionar al ser humano caído la experiencia necesaria para reconocer este mundo de la dialéctica y actuar, de tal manera que permita que el elemento divino regrese a la vida original.

El orden de la naturaleza dialéctica permanece como una prisión para el ser humano, hasta que el átomo primordial en su interior pueda ser despertado. Para este propósito, resuena constantemente una llamada y son enviados impulsos para que despertemos a este campo de vida, de modo que siempre permanezca abierta la posibilidad de que el verdadero Ser Humano sea guiado de regreso a su morada de vida original.

En el siguiente extracto del libro “El Hombre Nuevo”, de Jan van Rijckenborgh (Fundación Rosacruz, Haarlem, Holanda), se habla de este tema:

*“Es conveniente pensar un momento en estas cosas, pues nuestra prisión no es solo una cárcel, sino, al mismo tiempo, un lugar de misericordia donde se trata de ayudarnos para alcanzar de nuevo la filiación divina. [...]. Quizás su conciencia puede admitir ahora que hay dos campos atmosféricos. No uno aquí y otro en otro lugar, sino al mismo tiempo presentes existencialmente, de la misma forma que hay dos campos electromagnéticos existencialmente presentes.*

*Un campo tipifica el estado de la caída y la gracia, el estado de la paciencia y la ayuda; y el otro campo, la plenitud y la divinidad. Estos dos campos están presentes simultáneamente y en el mismo espacio, aquí y ahora. [...]. El Reino de Dios y su atmósfera vital están más cerca que las manos y los pies; sí, están en su interior”.*

Entonces hay dos campos de existencia. El superior interpenetra al inferior, pero no al revés, sin embargo, ambos ocupan el mismo espacio cósmico. Así que la liberación, en el sentido real, nunca es escapismo; no significa “huir del mundo”. Más bien, significa volver a la realidad, la única realidad.

Ambos campos de vida pueden ser percibidos, siempre que se posean los órganos sensoriales adecuados. Sin embargo, como seres humanos dialécticos, nuestros sentidos son muy limitados y nos permiten percibir sólo lo que pertenece a la naturaleza dialéctica. No tenemos los medios para percibir el campo de vida divino.



## Escuela Internacional de la Rosacruz Áurea

¿Por qué? Porque la personalidad dialéctica, el ser-humano-yo, se construye enteramente a partir de las sustancias de esta naturaleza material. Esto aplica no solamente para el cuerpo material, sino también para los cuerpos más sutiles (tema sobre el que volveremos más adelante).

Cada célula del cuerpo humano tiene su propio “núcleo de conciencia”, y la totalidad de estos núcleos de conciencia es lo que da origen a la conciencia humana en su conjunto. Así que la naturaleza y calidad de la materia de la que está compuesto el ser humano, determinará la naturaleza y calidad de lo que puede percibir. Por eso, solo podemos percibir lo que pertenece a este mundo de las formas, y no podemos percibir la naturaleza divina, aunque ocupe el mismo espacio. Percibimos sólo formas dialécticas y, aparte de ellas, el espacio parece vacío.

Entonces, la naturaleza divina solo puede ser percibida por seres cuyos órganos sensoriales están contruidos a partir de la sustancia primordial divina. Dado que los sentidos del ser humano material no están contruidos a partir de esta sustancia divina, no puede experimentar la vida divina ni percibir las vibraciones o radiaciones de la divinidad.

Por eso, en la tierra, solo podemos percibir los resultados de las obras de Dios, pero no podemos ver el poder detrás de ellas. Solo podemos especular y expresar ideas al respecto. Por eso, el mundo está tan lleno de contiendas y contradicciones acerca de la naturaleza de Dios y la eternidad. Por eso hay tantas interpretaciones religiosas, hipótesis, discusiones, guerras y persecuciones.

Esta incapacidad de percibir la realidad es tratada por Platón, filósofo de la antigua Grecia, en el Libro 7 de su “República”. Allí dice que somos como prisioneros que, desde niños, estamos en una caverna, con las piernas y el cuello atados, de tal manera que no podemos girar para mirar hacia la entrada, sino obligados a mirar hacia la pared del fondo de la cueva. A la entrada de la caverna arde un fuego que proyecta su luz hacia el interior de la misma. Entre el fuego y la entrada se disponen todo tipo de objetos, que representan ideas, las cuales proyectan sus sombras, el mundo de los fenómenos, sobre el alto muro en el fondo de la caverna. Quienes se encuentran allí encadenados, ven estas sombras y las confunden con la realidad. Discuten sobre el origen y el propósito de estas imágenes y creen que el objetivo del estudio es examinar las imágenes de estas sombras proyectadas. Si uno de ellos lograra liberarse de sus cadenas y abandonar la caverna, vería los objetos y podría



## Escuela Internacional de la Rosacruz Áurea

contemplar la realidad, en lugar de las sombras. Así pues, el conocimiento que obtenemos a través de los sentidos no es más que una sombra, a lo sumo una representación de la realidad, pero nunca la realidad misma.

Liberarse de las cadenas y salir de la caverna es de lo que se trata la liberación, y es a lo que la Escuela Espiritual de la Rosacruz quiere ayudarles mediante esta serie de exploraciones. Sin embargo, el conocimiento por sí solo, no es suficiente. Saber que el mundo divino yace oculto en el interior del ser humano, “más cerca que las manos y los pies”, es un primer paso importante, pero el conocimiento por sí solo no es liberador. Sólo se vuelve liberador cuando se pone en práctica.

Como dijimos en la primera exploración, todo el sistema humano debe sufrir un cambio fundamental. Deben desarrollarse los sentidos con los que puede ser percibido el orden de la naturaleza divina. Vivir en otro campo de vida significa que hay que aprender a adaptarse a sus leyes.

Lo que el ser humano aprende en la Escuela Espiritual es cómo prepararse para este proceso, denominado en los evangelios como “el renacimiento de agua y de espíritu”. Esto significa un renacimiento por la sustancia primordial del campo de vida divino. Sin este renacimiento, no se puede conocer el mundo divino ni entrar en él porque, como dice la Biblia: “la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los Cielos”.

El proceso de renacimiento de agua y de espíritu está ejemplificado en la vida de Jesús el Cristo y se explica en Sus enseñanzas. También la Escuela Espiritual de la Rosacruz Áurea busca explicar y hacer posible este proceso, que denominamos “el camino de la transfiguración”.

Esta clara distinción que la filosofía gnóstica hace entre los dos campos de vida es uno de los puntos más esenciales en los que las enseñanzas gnósticas difieren de las de muchas otras organizaciones esotéricas y religiosas. Esta ha sido una característica distintiva de las escuelas gnósticas a través de todos los tiempos.

Para concluir, nos gustaría considerar por qué los seres humanos tenemos que vivir en este mundo dialéctico. Su presencia en este mundo es el resultado de transgredir las leyes universales de la vida. Al principio, los seres humanos originales eran parte del mundo divino.



## Escuela Internacional de la Rosacruz Áurea

En las Sagradas Escrituras, el proceso del hundimiento en el campo de vida no divina se llama la 'Caída'. Antes de esta Caída, el Ser Humano divino vivía en la Luz. Su ser era absolutamente uno con las fuerzas divinas. Sin embargo, al actuar con voluntad propia, rompió las leyes de la vida del mundo divino y el resultado fue que, a lo largo de interminables épocas y transformaciones, todo lo que quedó del ser humano divino fue el átomo primordial, el cual le impulsa constantemente a buscar la Verdad.

Esta inquietud interior es el origen de ese sentimiento que, como un recuerdo medio olvidado, nos dice que nuestro destino es mucho más que esta simple existencia espacio temporal, la dialéctica. Nuestra inquietud interior busca recordarnos que, a pesar de nuestro estado degenerado, estamos llamados a colaborar en la liberación del ser divino en nosotros. A través de nuestros esfuerzos por reaccionar a esa inquietud interior, ganamos la madurez necesaria para comprender y aceptar el camino de regreso al orden de la naturaleza divina.

Si hemos conocido esta experiencia, si empezamos a comprender la verdadera causa de nuestra inquietud interior, no tendremos miedo de cooperar en una revolución interior total para que, a través de ella, podamos devolver la vida al Ser Humano original en nuestro propio sistema.